



Fernando Savater

Sobre vivir

Ariel

Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Prólogo a la edición de 1994

Prólogo a la primera edición

Primera parte. Sobre mí mismo

 Mi amiga la ética y yo

 Novela y reflexión filosófica: un testimonio personal

 Sobre lo que se dice y lo que se calla al enseñar filosofía

 Una modesta proposición

Segunda parte. Sobre guerras y militarismo

 Propuesta antimilitarista

 La extinción de la guerra

 Razones y sinrazón de la lógica militar

 Sin armas contra las armas

 Política de bloques vs. moral internacional

 Misterios patrióticos

 El revés de la trama

 La pequeña diferencia

 La ignominia de Gibraltar

 El prestigio de la muerte

Tercera parte. Sobre literatura

 Cuestión de estómagos

 La experiencia narrativa

 El paisaje de los cuentos

 Novela detectivesca y conciencia moral (ENSAYO DE POE-
ÉTICA)

 Un domingo con Cecilia

 Sobre el pasado fantástico y el futuro imposible

 En torno a Santayana como novelista

 Acerca de Voltaire

 Sartre en situación comprometida

 Nabokov o el destierro como estilo

 Lovecraft: lo fantástico indecible

 La locura de Baudelaire

 Un libro de encantos

 El significado del sinsentido

Relectura de Giovanni Papini
Amor a Dickens
Felicitación navideña a José Bergamín
Un caso de conciencia

Cuarta parte. Sobre cine

El western como biografía
El gusto es mío
Ética del espectador
Tal vez soñar
Elogio (apático) del actor Reagan
¿Quién no teme al lobo feroz?
Alone
Sombras del Olimpo
De toros y caballos
El rapto de las sombras
La cabalgata de la Cavani
De héroes y tumbas
Henormidades
Adiós a todo eso
Tiempo y pasatiempo
Lo nunca visto
La rebelión de Jack Lang
El éxito del éxito
La crítica al cubo

Quinta parte. Sobre vivir

Lo universal y lo diferencial en la cultura
Marco Aurelio, César y sabio
Avería irreparable
Cabenga y Poto
Por la abolición de la cárcel
La agonía del emperador Juliano
Reflexión desde la Zarzuela
El escepticismo como nueva fe
Para prevenir el desencanto
El tiempo y la tempestad
¿Lo posible o lo probable?
New York: la fascinación de lo obvio
El vino en España
Vino y melancolía
Elogio del mal gusto
Del divino impaciente al discreto hipócrita

Notas
Créditos

*Para mis amigos de Hispanoamérica,
con agradecimiento por su fraternal hospitalidad.*

(Y en especial para Héctor Subirats, José Luis Rivas, Julieta Lizaola, Mercedes Eloorriaga y Ernesto Vanegas, de México.

Y para Edda Armas, María Fernanda Palacios, Milena y Rafael Cadenas, de Venezuela.)

Como todo devenir, la vida es una polémica.

(KIERKEGAARD, *Diario*)

Prólogo a la edición de 1994

De vez en cuando le preguntan a uno: «¿Suscribe usted tal o cual opinión que expresó hace años?» Suelo responder con un apotegma que le he tomado prestado a Gustavo Bueno: «Con la fecha abajo, suscribo absolutamente todo lo que he escrito a lo largo de mi vida; con fecha de hoy, esto que escribo ahora y gracias». Creo que las opiniones humanas son históricas, por lo menos las mías, que son humanísimas: lo cual no quiere decir que pierdan su valor con el paso del tiempo, sino que carecen de él si no sabemos cuál fue su tiempo. De modo que no hay que enredarse en explicaciones para salvar la cara en el pasado, sino seguir dándola razonadamente en el presente. Me refiero a los pocos que la dimos en el pasado y la damos también hoy, claro está.

Los artículos de este libro fueron escritos durante la llamada transición española, época que también fue de transición en muchos aspectos íntimos para quien los escribió. De entonces acá, he cambiado radicalmente de amores, algo de ideas y nada de aficiones. El balance es animado, pero plausiblemente estable. El lector de hoy puede reparar estos trabajos como la crónica variopinta de un testigo, a menudo ingenuo pero nunca desinteresado ni obtuso, de aquellos años, en lo que tanto de lo mejor y de lo peor del presente se estaba fraguando. Del conjunto, tengo especial cariño a los artículos cinematográficos, que contribuyeron a depararme el mejor encuentro de mi vida, en el sentido alegremente spinozista del término.

Anécdota final: el título de este libro debió resultar lo suficientemente ocurrente como para ser seguido al poco de otro de Javier Sádaba titulado *Saber vivir*. Hombre, no es lo mismo pero se agradece el homenaje.

San Sebastián, 1 de mayo de 1994

Prólogo a la primera edición

El Filósofo, así, con mayúscula enfática, es un personaje al que la opinión pública suele imaginarse voluntariamente recluido en su mundo privado, sumamente abstracto; en una palabra, es un tipo «que no se mete en nada». En cambio el *philosophe*, con minúscula traviesa y morbo gálico, es por antonomasia zascandil, opina sobre cualquier cosa sin ser experto en nada, es en resumen un «metomentodo». Admito que mi talante se aproxima más al de Voltaire que al de Xavier Zubiri. Nunca he sabido mantenerme al margen, ni he logrado poseer convenientemente ese *pathos* de la distancia que recomendaba Nietzsche: a mí se me encuentra siempre donde hay gente. De Voltaire quisiera alcanzar la impertinencia, el estilo nítido y preciso, la maestría en el dictionario; con él comparto la petulante vanidad y una cierta forma turbulenta de fascinación por lo humano; de él abomino la estrecha manía desmitificadora. Pero lo más volteriano en mí, lo más noblemente volteriano, es la pasión por la tolerancia, el aborrecimiento del autoritarismo y de los fanáticos, el asco por la clericanalla, la convicción de que procurar más felicidad a los hombres por vía racional es uno de los papeles –quizá perpetuamente frustrado– que la reflexión filosófica cumple en la comunidad. No ignoro que estos propósitos son antiguos y que asumirlos hoy parece ingenuo o pretencioso; sé también que ni siquiera por dar gusto a los más perspicaces voy a fingir renunciar a ellos.

Pero ¿hablar de todo sin ser maestro en nada no es una pura exigencia comercial? Es que en todo late la voz del prejuicio o de la opresión. Pero querer acabar con los

prejuicios ¿no es también un moderno prejuicio?; los que luchan contra la opresión oscurantista ¿no son la vanguardia de un nuevo oscurantismo o de otras formas de coacción? Aquí vacila mi confianza en mí mismo y me refugio en la ciudadela kantiana más asediada: la recta intención. Por otra parte, no sólo en denunciar males consiste la lucha; mi lector sabe ya que a nada postergo la urgencia del entusiasmo. Muchas veces, tras publicar alguno de mis artículos (que son, de toda mi obra, lo que más aprecio), alguien me ha dicho que me lo agradecía, porque allí se reflejaba su pensamiento pero con las palabras que le habían faltado para expresarlo. He tenido la suerte de que siempre haya habido bastantes de estos cordiales agradecidos; suficientes, en todo caso, para continuar siendo simple *philosophe* mejor que Filósofo.

En este libro comienzo por reunir algunos trabajos sobre mi labor de aficionado a la filosofía (valga la redundancia), escritor y profesor no numerario. Después incluyo mis trabajos antimilitaristas y los artículos que publiqué en *El País* sobre la guerra de las Malvinas, en un momento en que fui a contracorriente del estúpido y belicoso tercermundismo reinante. Vienen luego diversos trabajos sobre literatura y buena parte de las crónicas cinematográficas que he publicado en la revista *Casablanca*, donde –como son amigos– no les importa que no entienda de cine. Acabo con algunas reflexiones sobre el arte (o el desastre) de vivir y la administración política de tal aventura. En varios de estos textos, el lector más fiel intuirá defensas del autor contra quienes le reprochan la pérdida de una pureza radical que, afortunadamente, nunca tuvo. A este respecto, sólo diré que ya de antaño, cuando en común con otros amigos libertarios comparábamos la trayectoria e ideas de Alejandro Herzen y Miguel Bakunin, yo siempre solía inclinarme por las razones de Herzen, sin menospreciar por ello al hermano Miguel. Pues bien, mi «herzenismo» ha ido acentuándose con el tiempo... lo que quizá ha permitido que no

haya necesitado desembocar en la derecha «liberal» para aliviar mis contradicciones. Siempre he tenido una inconfesable afición por lo posible, frente a la resignación ante lo necesario o la adoración de lo perfecto.

Madrid, 5 de noviembre de 1982

Primera parte

Sobre mí mismo

Mi amiga la ética y yo

–Ah. ¿De qué hablábamos? Ah, sí, del profesor de filosofía ética. Pero cómo habré hecho para llegar a hablar de él. Ese hombre no tiene el menor sentido de la responsabilidad. Estoy convencido de que es bígamo. – Nigel suspiró.

–Gervase –dijo–, ha vuelto usted a perder el hilo. Le había preguntado qué pensaba hacer ahora.

(EDMUND CRISPIN,
El caso de la mosca dorada)

La primera aseveración nítidamente filosófica que me recuerdo la hice en el bachillerato, a los quince años, cuando el religioso marianista –hoy ya secularizado, por supuesto– que nos daba clase de iniciación a la filosofía preguntó al distraído y hastiado congreso de adolescentes del que yo formaba parte «¿qué es lo que todos los hombres quieren?». A lo que respondí con fulminante celeridad: «ser felices». El profesor admitió que así era y yo me sentí bastante orgulloso y un poco confuso por mi acierto. De hecho, no recordaba haber pretendido nunca personalmente ser algo tan pretencioso y fantástico como «feliz»; tampoco conocía a nadie que se propusiera explícitamente semejante objetivo. Para colmo, carecía de noticias fiables sobre el estado de felicidad, salvo vagas imágenes de ruseñores celestiales

cantando deliciosamente durante eones que al embelesado oyente se le antojan minutos o referencias poéticas a la dicha erótica. Ninguna de aquellas indicaciones podía bastarme, pues apenas creía ya en los dislates paradisiacos que prometían los curas y lo ignoraba todo sobre las posibilidades beatíficas del amor, al menos por el testimonio de mi propia experiencia. De modo que yo nunca me había propuesto ser feliz, no conocía a nadie que pretendiera serlo ni tenía la más remota idea de en qué consiste la felicidad, pero sabía ya con una certeza capaz de derrotar cualquier duda que todos los hombres quieren ser felices. Me quedé bastante perplejo de mi propia perspicacia filosófica, sobre todo porque ignoraba de dónde podía venirme. Por aquel dichoso entonces, apenas entreveía a través del nada lúcido tomismo de mi educador en qué podía consistir la gracia de una asignatura tan rebarbativa como la filosofía y desde luego no prodigaba en ella las muestras de mi agudeza. Por cierto que sobre el fondo de la cuestión no puedo considerarme ahora tampoco mucho más ilustrado.

Aquel primer acierto filosófico, inesperado e inexplicable, marcó mi trayectoria posterior. Algo se había confesado en mí aquel día, algo que se disponía a seguir ganando terreno. Porque la cuestión siguiente se me presentó casi de inmediato, al meditar sobre mi espontánea respuesta dada al profesor de una asignatura inviable. ¿Qué es lo que todos los hombres quieren?: ser felices. De acuerdo. Quizá debiera haberme preguntado a continuación por la nada evidente condición de la felicidad, de la que ya he advertido que sabía bien poco. Pero no fue así. Característicamente –nada puede revelarme mejor que esto, nada podría señalar mejor por dónde había de ir luego mi pensamiento– lo que me inquietó fue: *¿y qué hacen los hombres para ser felices?* Mi interés especulativo fue desde un primer momento práctico. Lo siento, no he nacido para la contemplación, no me intereso por nada en lo que yo no pueda inme-

diatamente intervenir. De aquí mi escasa afición por la ciencia pura o por la naturaleza y sus irremediables leyes; me interesa en cambio el arte, la historia, la política, todo lo que exige participación de mi imaginación y de mi libertad. Soy un guerrero con inquietudes religiosas, es decir (y por fortuna) aproximadamente lo contrario de un sacerdote.

Volvamos a las dos preguntas fundacionales de lo que más tarde supe que se ha llamado «ética» desde Aristóteles: ¿qué quieren los hombres? y ¿cómo pueden actuar de acuerdo con su querer? Aquí está todo lo que ha de interesarnos como invitación a la reflexión ética. Respecto a la felicidad, es una palabra demasiado vaga, no nos vale así tal como está, cruda: pero no la perdamos sin embargo totalmente de vista. No hay comienzo más erróneo en ética que partir de la distinción entre «bien» y «mal» o, más modesta y empíricamente, entre «bueno» y «malo». De ahí no puede sacarse nada, absolutamente nada en limpio, fuera de algunas anécdotas antropológicas y confusas pautas semánticas. Pero ni un solo verdadero pensamiento. A qué llamamos «bueno», por qué consideramos «malo» cierto proceder, si debemos hacer el bien porque está «bien» o está «bien» porque debemos hacerlo, si es bueno o malo el placer, si es lo bueno equivalente a lo útil, etc., etc. Callejones sin salida. Por ahí no hay camino, créanme; o si no me creen, lean a quienes parten en sus reflexiones de esa perspectiva estéril. La mayoría de los libros de ética son empeñosos crucigramas, palabras revueltas o tratados de urbanidad. Algunos se instalan de golpe y porrazo en la teología y nos informan más o menos veladamente de las disposiciones legales que Dios ha establecido para nosotros, sea según las tablas de la Ley o según la Ley misma escrita en nuestro corazón (o en nuestro inconsciente, versión lacano-kantiana de la vieja orden bíblica). Pero es bueno permanecer ateo en estas cuestiones –y en todas– tanto como se pueda. Lo cual es enormemente difícil, literalmente *heroico*, dicho sea de paso.